

VII.

En la mañana del miércoles, cuando María condujo á Berta al lado de su madre, ésta, indignada por una aventura que afectaba á su orgullo, palideció y no pronunció una sola palabra.

Cogiéndola de una mano, con la brutalidad de una pasanta que lleva al cuarto oscuro á una colegiala culpable, la guió á la alcoba de Hortensia, y dándola un empellón:

—Ocúltese V. ahí y no se presente á nadie... la dijo. Mataria V. á su padre si supiera lo que ha ocurrido.

Hortensia, que se estaba lavando, se quedó como quien ve visiones. Encendida de vergüenza y sollozando se arrojó Berta en la cama. Esperaba una explicación inmediata y violenta y había preparado su defensa, resuelta á gritar también si su madre la in-

crepaba duramente; pero aquella muda rudeza, aquel modo de tratarla, como á una niña que hubiera golosineado un plato de dulce la dejó sin fuerza, recordándole sus terrores de soltera y las lágrimas que derramaba en los rincones, haciendo protestas de obediencia.

—¿Qué pasa? ¿Qué has hecho? preguntó su hermana al verla envuelta en un mantón viejo, que la había prestado María. ¿Se ha puesto malo tu marido en Lyon?

Berta no respondió. Ya se lo contaría más tarde; aquellas cosas no podían decirse, y suplicaba á Hortensia que se fuese y la dejase llorar á solas en el cuarto.

El día pasó de esta manera. M. Jossierand fué á su oficina sin saber lo que había pasado, y cuando volvió por la noche Berta continuaba oculta. Como se negó á tomar todo género de alimento, concluyó por comer con avidez algunos manjares que le llevó Adela en secreto. La criada se quedó á su lado mientras comía, y al ver su apetito:

—No se haga V. mala sangre, la dijo; tome V. fuerzas... Todo está tranquilo en la casa. Tantos muertos y heridos como iba á haber, no ha resultado ningún difunto.

—¡Ah! exclamó la joven.

Entonces interrogó á Adela, quien refirió con todos sus detalles lo que había pasado, el arreglo del duelo, lo que había dicho M. Augusto y lo que habían hecho Duveyrier y los Vabre. Al escucharla se sentía renacer, comiendo hasta con gusto y pidiendo más pan. En honor á la verdad era una tonta al apurarse, cuando los demás se habían consolado.

Cuando á las diez volvió Hortensia, la recibió con rostro alegre y los ojos completamente secos. Las dos se rieron, aunque ocultando su buen humor, cuando Berta quiso ponerse un peinador de su hermana y vió que le estaba estrecho, porque el matrimonio la había ayudado á engordar. No importaba, sacando un poco los botones podría utilizarlo al día siguiente. Las dos se creían en los buenos tiempos de su juventud, en aquel cuarto donde habían pasado la vida juntas. Este recuerdo las enternecía y renovaba entre ellas un afecto que habían descuidado. Tuvieron que acostarse en la misma cama, porque Mad. Jossier había ya vendido la que usaba Berta de soltera.

Cuando estuvieron entre las sábanas y se vieron á oscuras, no pudiendo conciliar el sueño, se pusieron á hablar.

—¿Con que no quieres contarme lo que

te ha pasado? preguntó Hortensia de nuevo.

—Pero, querida, contestó Berta; tú no estás aún casada y no puedes saber ciertas cosas. He tenido una explicación con Augusto. Volvió de pronto, cuando menos le esperaba...

Viendo que se detenía su hermana, añadió, con impaciencia:

—No seas tonta y háblame sin cuidado... á mi edad no hay nada que me espante.

Entonces Berta se confesó, con rodeos al principio, pero después lo dijo todo, nombrando á Augusto y á Octavio. Hortensia, vuelta de espaldas escuchaba, sin pronunciar más que breves frases, para preguntar ó emitir su opinión: «Y después, ¿que te dijo él? Y tú, ¿que experimentaste? ¡Vaya un lance! Francamente, no querría verme en caso igual...» Dieron las doce, la una, y las dos y todavía continuaban hablando del mismo asunto, luchando con el insomnio y con el calor que mutuamente se daban. Berta, en medio de aquella especie de alucinación, olvidándose de su hermana, pensaba en voz alta y se desahogaba, haciendo las más delicadas confianzas.

—Lo que es á mí no me pasará eso con Verdier, dijo Hortensia de pronto. Haré cuanto él quiera.

Al oír el nombre de Verdier, hizo Berta un movimiento de sorpresa. Creía rotas aquellas relaciones, porque la mujer con quien vivía hacía quince años había dado á luz un niño, precisamente en los momentos que se dispónia á abandonarla.

—¿Cuentas casarte con él de todos modos? la preguntó.

—¿Y por qué no? He hecho la tontería de esperarle mucho tiempo. Pero el recién nacido no se logrará. Es una niña y muy escrofulosa.

Y pronunciando la palabra *querida* con asco, mostró su honesto odio de burguesa casadera, vilipendió á aquella desdichada que vivía tanto tiempo con un hombre. El niño no era, ni más ni menos que una maniobra, un pretexto que había inventado, cuando se apercibió de que Verdier, después de comprarle camisas, para no echarla de su casa en cueros, quería acostumarla á la separación, dejando con frecuencia de dormir en su compañía. Pero, en fin, ya vería... esperaría...

—¡Pobre mujer! murmuró Berta.

—¿Cómo pobre mujer? gritó Hortensia, de mal talante. Bien se ve que no tienes tampoco la conciencia muy limpia.

Acto continuo sintió haber sido cruel y

estrechó en sus brazos á su hermana, la besó y le juró que no había querido ofenderla. Las dos callaron, pero no dormían, continuaban pensando en lo que había sido objeto de su conversación.

Al día siguiente por la mañana se sintió indispuesto M. Jossierand. Se había empeñado en estarse escribiendo fajas hasta las dos de la madrugada, á pesar del gran abatimiento y del malestar que sentía desde hacía tiempo. Sin embargo se levantó, se vistió, pero al ir á salir para encaminarse á la oficina le faltaron fuerzas y tuvo que enviar una carta, anunciando á los hermanos Bernheim su indisposición.

La familia iba á tomar el café con leche en la mesa del comedor, sucia aún con las sobras de la comida del día anterior, y las señoras se presentaron con el pelo atusado y en enaguas y chambras.

Al ver que su marido no salía, Mad. Jossierand resolvió no tener más tiempo escondida á Berta, cansada como estaba del misterio y temiendo á cada instante que subiera Augusto á armar un escándalo.

—¡Cómo! ¿almuerzas con nosotros? ¿qué ocurre? dijo el padre sorprendido, cuando vió á su hija con los ojos de sueño y el pecho oprimido con el peinador de Hortensia.

LIBRARY OF THE
 UNIVERSITY OF MICHIGAN
 ANN ARBOR, MICHIGAN
 1875

—Mi marido me ha escrito que ha tenido que quedarse en Lyon, respondió, y he resuelto pasar el día con ustedes.

Entre las dos hermanas habían fraguado aquel embuste, y Mad. Josserand, que conservaba su rigidez de pasanta no le desmintió. Pero el viejo examinaba á Berta, y pareciéndole extraño lo que acababan de contarle, iba á preguntar cómo andaría la tienda sin su cuidado, cuando su hija se levantó y fué á darle un beso, con la zalamería de otros tiempos.

—¿No me ocultas nada, hija mia? murmuró.

—Nada... ¡qué cosas tienes, papá! ¿qué había de ocultarte?

Mad. Josserand se permitió encogerse de hombros. ¿A qué fin aquellas precauciones? para ganar á lo sumo una hora... ¡No valían la pena! Tarde ó temprano tendría su padre que saber la verdad. El desayuno fué alegre. M. Josserand, contento al verse entre sus dos hijas, se creía transportado á la época en que le alegraban contándole sus ensueños infantiles. Ellas con los codos sobre la mesa, mojando en el café las tostadas, le miraban y se reían. Todo el pasado se renovaba para el pobre viejo, cuando una escena desagradable vino á turbar la alegría.

Mad. Josserand interpeló bruscamente á la criada:

—¿Qué está V. comiendo? la dijo.

—Nada, señora, contestó Adela, que desde hacía un rato daba vueltas en torno de la mesa.

—¿Cómo que nada? ¡Está V. mascando! ¿Pues qué soy yo ciega? Aún tiene V. llena la boca, se conoce á la lengua. ¿Saca V. del bolsillo lo que come?

Adela, turbándose, quiso marcharse, pero ella la detuvo, cogiéndola de las faldas.

—Hace un cuarto de hora que la estoy á usted viendo sacar cosas del bolsillo y llevárselas á la boca. Debe ser bueno lo que V. come... Enséñemelo V.

Y metiendo la mano en el bolsillo de la doméstica, la sacó llena de ciruelas pasas.

—¿Qué es esto? preguntó furiosa.

—Esto... ciruelas pasas, dijo la criada, que al verse descubierta se volvió insolente.

—¡Hola! ¡hola! ¿con que se come V. mis ciruelas? Por eso van tan de prisa... ¡Se ha visto cosa igual! ¡Ciruelas pasas cocidas con azúcar en un bolsillo!

Y la acusó también de que bebía el vinagre. Todo se lo llevaba la trampa, no se podía dejar ni una patata sin la seguridad de que desapareciera.

— ¡Es V. un pozo sin fondo! la dijo.

— Déme V. de comer y no tendré que cogerlo, contestó Adela, con la mayor frescura.

Esto acabó de exasperarla, y se levantó majestuosa y terrible.

— Calle V., mal hablada... exclamó. ¡Oh! ya lo sé, las otras criadas de la vecindad son las que la echan á V. á perder. En cuanto llega de una provincia una bestia, es necesario que las tunantas ya corridas la depraven y la enseñen horrores. Ya no va V. á misa, pero en cambio roba.

Adela, amaestrada por Lisa y Julia no cedió.

— Aunque yo fuera una bestia, como V. dice, no debió V. abusar de mí. Pero, si lo he sido, ya no lo soy.

— Váyase V. en seguida... la despidió, gritó Mad. Jossierand, señalando la puerta con una actitud trágica.

Después se dejó caer sobre una silla, mientras que la doméstica, sin darse prisa, se comió otra ciruela antes de irse á la cocina. Todas las semanas la despedían una ó dos veces: así es que no se apuraba. En torno de la mesa reinó un penoso silencio. Hortensia, dijo al fin que, echarla todos los días para conservarla después, era gana de perder el tiempo. Cierto era que robaba y

se hacía insolente, pero lo mismo haría cualquiera otra y Adela los sufría, mientras que otra los plantaría á los ocho días, habiéndose bebido el vinagre y comido las ciruelas pasas.

El desayuno acabó, á pesar de todo, en buena armonía. M. Jossierand, muy conmovido, habló del pobre Saturnino, á quien había llevado de nuevo al asilo el día anterior. El infeliz creía que había sido víctima de un nuevo acceso de locura, porque así se lo habían contado. Después se quejó de no ver á León y Mad. Jossierand declaró secamente que le esperaba aquel mismo día, añadiendo que quizás iría á almorzar con ellos. Hacía una semana que había roto con Mad. Dambreville, quien para cumplir su promesa quería casarle con una viuda seca y muy morosa; pero él deseaba casarse con una sobrina suya, criolla muy rica y de una gran belleza, que había venido á parar á casa de su tío, en el mes de Setiembre, después de haber perdido á su padre en las Antillas. Con este motivo hubo escenas terribles entre los dos amantes, porque madame Dambreville negaba su sobrina á León, movida por los celos.

— ¿Y qué hay de su boda? preguntó Jossierand con discreción.

La madre respondió con frases ambiguas, á causa de Hortensia. Por entonces estaba supeditada á su hijo, un mozo de provecho y hasta se lo citaba como ejemplo á su marido, diciendo que, gracias á Dios había salido á ella, y que no dejaría á su mujer andar descalza. Después, animándose poco á poco, añadió:

—El muchacho se ha hartado. No ha sido perjudicial para él su entretenimiento de algunos meses; pero si la tía se obstina en no darle á su sobrina la dejará á media miel... y lo que es yo apruebo su conducta.

Hortensia, por decoro, se puso á beber café, procurando ocultar su cara con la taza, mientras que Berta, que podía oírlo todo, hizo un gesto de repugnancia ante los triunfos de su hermano. La familia iba á levantarse de la mesa, y M. Josserand, muy mejorado hablaba de ir á la oficina, á pesar del recado que envió, cuando Adela entró con una tarjeta, diciendo que la persona que se la había dado esperaba en la sala.

—¡Cómo! ¡Ella á estas horas! exclamó Mad. Josserand. ¡Y yo que no me he puesto aún el corsé! No importa... me alegro que haya venido, con eso la diré lo que hace al caso.

Era precisamente Mad. Dambreville. El

padre y las hijas se quedaron charlando en el comedor y la madre se dirigió á la sala. Antes de abrir la puerta examinó con inquietud su viejo traje, de seda verde y se le arregló, sacudiéndole para quitarse los hilachos y el polvo.

—Dispéñeme V., querida mía, la dijo Mad. Dambreville, sonriéndose. Pasaba por ahí cerca y he subido á ver cómo siguen ustedes.

Estaba muy peinada, muy ajustada y peripuesta y parecía, en efecto, que no la había impulsado á hacer la visita más que el deseo que había manifestado; pero su sonrisa era algo forzada, y á través de su serenidad se adivinaban atroces angustias en su espíritu. Al pronto habló de diferentes cosas, procurando no pronunciar el nombre de León, y al fin se decidió á sacar del bolsillo una carta que acababa de recibir.

—Una carta, ¡oh! una carta, murmuró con voz angustiada, al mismo tiempo que sus ojos se llenaban de lágrimas. ¿Qué tiene contra mí, querida mía? Ya no quiere volver á poner los pies en mi casa.

Y su mano febril acercó la carta á madame Josserand que la tomó con frialdad. Era un rompimiento en tres líneas de una cruel concisión.

—Quizás no tenga León toda la culpa, dijo al devolvérsela.

Pero en seguida Mad. Dambreville ponderó las cualidades de la viuda, una mujer de treinta y cinco años apenas, de gran mérito, bastante rica y tan activa, que con su genio llegaría á hacer ministro á su marido. De todos modos ella cumplía su promesa, proporcionaba á León un buen partido; ¿qué motivos tenía él para enfadarse? Y sin esperar respuesta y con un estremecimiento nervioso, nombró á Raimunda, su sobrina. ¿Era posible que se casase con ella? una niña de diez y seis años, una salvaje que carecía de toda noción de la existencia.

—¿Y por qué no? repetía Mad. Josserand á cada interrogación de su amiga; ¿por qué no si la ama?

—No, y mil veces no, no la amaba, no podía amarla.

Mad. Dambreville descubría su emoción no pudiendo contenerse.

—Vamos á ver, decía, no le pido más que un poco de gratitud... Yo le he hecho hombre, por mí ha sido nombrado auditor, y encontrará en su cuartilla de boda el ascenso. Yo suplico á V., señora, que le diga que vuelva á casa, que me haga ese favor. Me dirijo á su corazón, al de V. que está satu-

rado de los sentimientos, á todo cuanto V. tiene de noble...

Y al hablar así, juntaba las manos en actitud suplicante.

Hubo una pausa, las dos se miraban cara á cara, y de pronto Mad. Dambreville deshaciéndose en sollozos balbuceó:

—Con Raimunda no, ¡oh! con Raimunda no.

Aquel grito de amor rabioso, era el último esfuerzo de una mujer que se negaba á envejecer, y se asía al último hombre en la ardiente crisis de su deseo. Cogió las manos de Mad. Josserand y las mojó con sus lágrimas confesando á la madre todo lo que sentía, humillándose ante ella, repitiendo que ella era la única que podía influir en su hijo, y ofreciéndola ser su esclava si la devolvía al joven. No había ido allí con el objeto de expresarse en aquellos términos; antes por el contrario, había resuelto no dejar traslucir su emoción; pero el corazón se le partía y no había podido resistir.

—Calle V. por Dios señora, exclamó madame Josserand con severidad, me da vergüenza oír á V. expresarse de ese modo... Tengo hijas que pueden enterarse... Yo no sé nada, no quiero saber nada. Si V. tiene algo con mi hijo, allá se las arreglen usted-

des. Jamás aceptaré una situación equívoca.

Sin embargo, la echó un sermón en toda regla. A su edad debía tener resignación. Dios acudiría en su ayuda. Pero era preciso que entregase su sobrina si quería ofrecer al cielo su sacrificio como una expiación. Por lo demás, la viuda no convenía ni pintada á León, que necesitaba una mujer de rostro agradable, para dar comidas á sus colegas. Y habló de su hijo con admiración, con orgullo, extendiéndose en detallar sus cualidades y mostrándole digno de las mujeres más bellas.

—Piense V. señora, añadió, que aún no tiene treinta años. Sentiría molestar á V. pero francamente, podría V. ser su madre. Él sabe todo lo que debe á V., y yo misma experimento por ello una viva gratitud; pero cuando las cosas no tienen más remedio, hay que conformarse. Supongo que no se haría V. la ilusión de conservarle siempre.

Y como la desdichada desoyese el lenguaje de la razón y expusiese que lo que quería es pura y simplemente que volviera á ella, la madre se enfadó.

—Señora, la dijo, váyase V. á paseo. Soy demasiado buena al escucharla. Mi hijo no quiere ya nada con V., y se comprende. Mírese V. al espejo. Yo, yo sería quien le re-

cordase sus deberes, si cediera de nuevo á las exigencias de V., porque francamente, ¿qué lazos puede haber ya entre V. y él? Precisamente debe venir hoy, y si V. esperaba que yo...

De todas estas frases, Mad. Dambreville no oyó más que la última. Desde hacía ocho días perseguía á León sin lograr echarle la vista encima. Su rostro se aclaró, y exhalando un grito del alma:

—Si va á venir, me quedo, dijo.

Acto continuo se dejó caer en una butaca como una masa inerte, fijando las miradas en el vacío, sin responder á nada y con la obstinación de una bestia que no cedería á los golpes. Mad. Jossierand sintiendo haber hablado demasiado y exasperada con aquella pécora á quien no se atrevía á despedir, acabó por dejarla sola. Además la inquietaba un rumor que oyó en el comedor, en el que le pareció reconocer la voz de Augusto.

—Aseguro á V., señora, dijo, que nunca he visto cosa igual, dijo cerrando la puerta con violencia. No se puede llevar más lejos la indiscreción.

Augusto había subido en efecto á ver á los padres de su mujer, para tener con ellos una explicación, cuyos términos meditaba desde la víspera. M. Jossierand más alegre que nun-

ca y resuelto á no ir á la oficina, proponía á sus hijas salir con ellas á dar un paseo, cuando Adela anunció al marido de Berta. Su anuncio produjo una gran conmoción. La joven se puso muy pálida.

—¿Cómo? ¡Tu marido! dijo el padre. ¿Pues no estaba en Lyon? ¡Ah! mentiais... Ocorre alguna desdicha... ya hace dos días que lo presento.

Al ver que Berta se levantaba para huir, la detuvo:

—Habla... le dijo. ¿Habéis reñido? Por el dinero, ¿no es verdad? Quizás á causa del dote, ¿por los diez mil francos que aún no le hemos entregado?

—Sí, sí... por eso, balbuceó Berta desasiéndose y marchándose.

Hortensia se levantó también y corrió al lado de su hermana, refugiándose las dos en su cuarto. El padre se halló de pronto solo delante de la mesa y en medio del silencioso comedor. Todo su mal estar se reflejó en su rostro que se cubrió de una palidez terrosa, mostrando su cansancio desesperado de la vida. La hora que temía y esperaba con una vergüenza llena de angustia, había llegado; su yerno iba á hablar del seguro, y él debía confesar que había consentido en obrar como un mal hombre.

—Entre V., entre V., mi querido Augusto, le dijo con voz ahogada; Berta acaba de contarme le que ha pasado... No me encuentro muy bien... por otra parte estoy desesperado al ver que no puedo dar á V. aquel dinero. Mi culpa ha sido prometer... ya lo sé.

Y continuó balbuceando excusas con el aire de un criminal que confiesa sus culpas. Augusto le escuchaba sorprendido. Se había informado y conocía la farsa del seguro; pero por nada del mundo se habría atrevido á reclamar el pago de los diez mil francos, temeroso de que Mad. Josserand le enviase á la tumba del viejo Vabre á pedirle los otros diez mil. Sin embargo, ya que le hablaban del asunto, era un excelente pretexto para formular una queja, y dijo:

—Sí señor, ya lo sé todo, me ha engañado V. como á un chino. Lo de menos para mí sería no recibir el dinero; lo que me exaspera es la hipocresía. ¿Para qué hablar de un seguro que no existía? ¿Para qué afectar ternura y sensibilidad, ofreciendo anticipar cantidades que V. mismo aseguraba no poder cobrar sino tres años después? ¡Tanto prometer, y no poseía V. ni un céntimo! Semejante manera de obrar tiene un nombre en todos los idiomas.

M. Josserand abrió la boca para exclamar: